

ESTERCUEL, MONASTERIO DE SANTA MARÍA DEL OLIVAR

Retiro bajo las estrellas

Texto y fotos (salvo las firmadas): Mercedes Penacho

La única hospedería monástica de Aragón con religiosos en activo es un interesante edificio histórico con certificación *Starlight* que por la noche se convierte en un gran ágora de observación de estrellas. Recodo de paz plagado de curiosidades, de sus paredes cuelgan cuadros de la pintora olietense Nati Cañada, que tiene en este cenobio uno de los fondos más relevantes del país. Un espacio único y por descubrir.

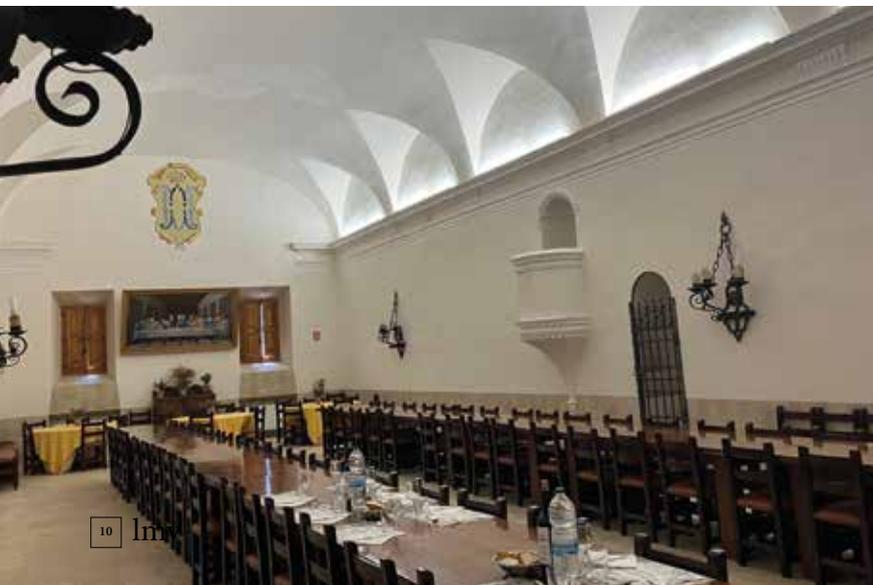
La Vía Láctea sobre el cenobio de Estercuel. Foto Monasterio El Olivar



Plaza del monasterio, con el conjunto de la iglesia y las dependencias conventuales

Hay un brío inhabitual en el monasterio de Santa María del Olivar de Estercuel. Chasquear de platos, cantos de fondo que se corrigen en el coro, trajinar de guirnaldas... “Mañana tenemos boda”, va repitiendo con inusitada emoción el personal de esta hospedería monástica en cada conversación del día. Este cenobio es un recodo de paz en el corazón de la provincia de Teruel, un espacio construido con la argamasa del silencio. Aquí no suenan los móviles y cuando cae la noche las estrellas parece que se alcanzan con las manos. Pero como centro espiritual de la comarca también presta servicios religiosos a los habitantes de nueve pequeños núcleos del entorno y, tal día como mañana, toca boda.

El monasterio, de la orden de los Mercedarios, es una auténtica joya escondida. Según la tradición, en este solitario paraje el pastor Pedro Nobés encontró en el siglo XIII una imagen de la Virgen en un olivo, y aquí volvía pese a ser trasladada en procesión al pueblo de Estercuel por lo que su señor, Gil de Astrosillo, donó las tierras y dispuso que aquí se erigiera un monasterio.



Refectorio del monasterio y comedor para los huéspedes



Arriba, imagen del claustro bajo, donde estos meses se exhibe la retrospectiva de Nati Cañada

Hasta él se accede por una mala carretera desde el pueblo de Obón, o por el desvío que queda a la derecha antes de entrar en Estercuel. En la confirmación de la reserva insisten en la conveniencia de esta última opción. Un paseo de árboles jalona la entrada hasta la puerta de la muralla de mampostería y ladrillo que delimita el recinto. Se accede a una amplia plaza que distribuye el conjunto y da acceso a la entrada del monasterio, con dependencias de los siglos XVI y XVII, aunque su origen se remonta al siglo XIII. A la izquierda queda el edificio que antiguamente fue albergue de peregrinos y caballerizas, hoy apartamentos de alquiler, y al frente se levanta el conjunto, rotundo y compacto, formado por la iglesia con pórtico y las dependencias conventuales, en su mayor parte en mampostería. El lenguaje mudéjar reverbera en los contrafuertes y en frisos del exterior de la iglesia, refinando la estética del conjunto. La mole ocre se fusiona en el paisaje generando un espacio de gran singularidad que imprime serenidad, acomodado en un entorno de terrazas de olivos, campos de cultivo y muelas tapizadas de pinar, donde asoman coloridos desconches de las preciadas arcillas de la comarca. “Nuestros visitantes son personas que buscan tranquilidad, paseos, bosque... y también turismo cultural, gente que busca un lugar único”, dice fray Fernando Ruiz, prior del monasterio, quien explica que también se acogen grupos de retiro de yoga y *mindfulness*, y de ejecutivos necesitados de trabajar alejados del mundanal ruido.

Pasada la portería y recepción la primera gran dependencia es el claustro bajo, un sorprendente espacio diáfano de gran amplitud donde se prueba logrado el sentido místico con elegancia. Cuenta con crujiás con dos naves, abovedadas y profusamente ornamentadas con motivos vegetales y geométricos de gusto renacentista. El escudo de la orden religiosa —cruz blanca plata, símbolo de inocencia y pureza, y barras como enseña de caridad y nobleza— aparece aquí y se propaga en el cenobio por ventanas, rosetones y contrahuellas de escaleras para ensalzar el carisma mercedario.

El claustro da acceso al antiguo refectorio, donde los huéspedes viven la experiencia de comer y cenar en el entorno de austeridad y solemnidad de los frailes, y donde se degusta comida tradicional y con productos de proximidad. Y también desde esta planta baja se accede a otro de los espacios más interesantes del monasterio, su iglesia. Es un templo de una sola nave, luminoso y con capillas laterales, que cuesta descifrar en un primer vistazo: estructura mudéjar, diseño barroco, elegante decoración gótica de lacerías y rosetones en las bóvedas y coloristas pinturas florales y de apóstoles en la parte superior de los muros, resultado de su restauración en el XIX. Al fondo, en el presbiterio, se accede a la cripta y se erige el altar mayor, de factura moderna.





El cenobio fue desamortizado en el proceso de Mendizábal pasando a manos de los Marqueses de Palafox, y sus bienes y patrimonio fueron arrasados durante la Guerra Civil, lo que explica su carencia de bienes muebles y la pérdida de la talla original de la Virgen. Ahora, el camarín luce una réplica que sigue la tradición de las vírgenes negras, de esquema románico, formas hieráticas y, como curiosidad, rostro en metal de líneas cubistas esculpido por el universal Pablo Serrano, natural de la cercana localidad de Crivillén. En la sacristía, un pequeño tesoro, un armario relicario policromado del siglo XVII, salvado de las llamas al estar empotrado y, según algunos testimonios, por servir de botiquín a un médico republicano. Frente al armario, el gran lienzo *Vidas por mercedarios en entrega martirial*, la última de las obras que la pintora Nati Cañada ha realizado para el monasterio, que con más de 30 obras tiene en el monasterio uno de los más importantes legados de la artista, natural de la cercana localidad de Oliete.

Otra curiosidad: en este cenobio el dramaturgo mercedario Tirso de Molina, obligado al retiro por el tono satírico de sus obras, encontró inspiración para escribir dos obras señeras de la historia turolense, *Los amantes de Teruel* y la *Dama del olivar*, sobre el monasterio y el origen de la orden.

El fraile lector de estrellas

Desde el claustro bajo, una señorial escalera da acceso a la segunda planta, donde se encuentran las habitaciones —la hospedería cuenta con 90 plazas—, dos bibliotecas y otras dependencias. En distintos rincones, carteles promocionan la obra social mercedaria, singularizada por su trabajo de acompañamiento a los presos de las cárceles y ayuda en su reinserción social, que se suma a sus votos de pobreza, castidad y obediencia. El servicio a los cautivos se encuentra en el origen de la Orden de la Merced, cuando en el siglo XIII su fundador San Pedro



Detalle de la réplica de la imagen de la Virgen del Olivar, en el camarín de la iglesia, con rostro en metal obra de Pablo Serrano

Página izquierda, iglesia del monasterio